

# ¿Quién era en verdad Rita Hayworth?

Sealtiel Alatraste

14 de mayo de 1987:

Muere la actriz estadounidense Rita Hayworth, que se hizo célebre por su interpretación de Gilda.

Todo mundo la conocía pero nadie sabía quién era en verdad, probablemente ni ella misma estaba segura de su personalidad, de su ser, ni siquiera de cuál era su nombre verdadero. Hay personas que están capacitadas para ser únicas y la constante de su conducta las hace inconfundibles; hay otras, en cambio, que padecen una capacidad camaleónica, se transforman en seres inimaginables, y es imposible identificarlos. Esa capacidad las hace famosas aunque nunca sabemos, ni nosotros ni ellas, quiénes son, con cuál de sus personalidades duermen y se despiertan cada mañana. Margarita Rosa Cansino, mejor conocida como Rita Hayworth, quizá sea un patético ejemplo de estas personas de rasgos inestables. Dicen que era callada, tímida y que sólo su carrera de actriz la hizo sentir viva, pero ella fue ante todo un camaleón, una bailarina extraordinaria que tenía una cara exquisita que fue el símbolo de una belleza particular. Como si fuera una burla del destino, su rostro estuvo dibujado en los aviones de combate de la Segunda Guerra Mundial para que nadie la olvidara.

Prima de Ginger Rogers, la famosa compañera de Fred Astaire en sus mejores películas, Margarita Rosa Cansino se unió desde la adolescencia al *show* del Music Hall que sus padres interpretaban en la ciudad de Los Ángeles. Después de haber participado en algunas películas de la serie B, fue descubierta por un caza talentos que le consiguió un contrato sustancioso con Columbia Pictures, y se casó con ella. Su destino estaba fijado, Edward Houston le hizo cambiar de nombre y ordenó que se



hiciera la electrólisis, lo que no sólo transformó el color de su cabello, sino que daría carácter al mito que iba a encarnar y por el que finalmente se perdería. Para el final de la década de los años treinta, la belleza melancólica, triste, nostálgica de la Hayworth era un clásico de la pantalla. El papel de esposa vulnerable, equilibrada pero un tanto frívola que le dio Howard Hawks en *Only Angels Have Wings* disparó el culto del que sería objeto a lo largo de las dos décadas siguientes.

Sabía cantar, bailar, reír, burlarse, inclusive, con una gracia sin igual. Su madre había sido una bailarina de la línea del coro, *the chorus line*, y le enseñó el alma patética que puede sacar de sí una bailarina cuando se propone asumir su ambigua condición. *Gilda* de Charles Vidor, fue su gran oportunidad. Nadie como ella pudo cantar *Put the blame on me*. La escena es memorable y nadie que la haya visto ha podido olvidarla jamás: Gilda avanza por su escenario ataviada con un largo vestido de terciopelo negro y unos guantes largos, un par de dedos sobre el codo. Mientras canta, con una

seducción que no tiene rival en la pantalla, moviendo esos jugosos labios carmíneos que parecen estar pidiendo a gritos un beso, Farrell, el protagonista encarnado por Glenn Ford, observa desde una esquina. Al ver que la mujer de su jefe —provocativa, insinuante, de la que él está, no obstante, profundamente enamorado— se despoja de uno de sus guantes y empieza a girarlo dando vueltas de muñeca mientras sigue cantando, decide, presa de los celos, subir al escenario y darle la bofetada más sonora y creíble de cuantas se dieron en el cine de la década de los cuarenta.

Nueva Venus de Milo, la Hayworth dio al traste con la vieja Margarita Rosa Cansino después de enloquecer a Glenn Ford pidiéndole que la culpara. Como si fuera una alegoría, el personaje, el mito público de Rita gritaría a los cuatro vientos que cualquiera que la amara podría culparla de lo que fuera, y que ella no sabría nunca jamás qué pena purgaba ni cuál había sido el juicio que la condenaba. Orson Wells, con quien se casó en 1943, lo dijo admirablemente después de la noche de bodas: “Me

fui a la cama con Gilda y me desperté con Rita Hayworth". Mentía, pero él no lo supo jamás: había dormido con un mito pero despertado con otro. Esa fue la gran culpa de la vida de la pobre Rita Hayworth. El genio del cine le había hecho el amor a un personaje digno de Kafka. Es muy probable que la inteligencia de camaleón que mostraba en la pantalla se deshiciera en la vida cotidiana y que el enorme desconcierto con que miraba al mundo se apoderara de la mujer que se quitaba los guantes para que pudiéramos culparla de cualquiera de nuestros males. Poco antes de divorciarse de ella Wells exhibió sus contradicciones en su magistral *The Lady from Shanghai*, Rita no era más que una mujer sometida por una insana belleza de la que no era responsable. El director la obligó a llevar a cabo una nueva electrólisis, que esta vez no cambiaría el color de su cabellera sino que la despojaría para siempre del tono y peso de su alma. De ahí en adelante sólo sería la suma de los personajes que había interpretado. *Put the blame on me*, seguiría cantando sin remedio para quien quisiera escucharla.

En 1949 se inició la debacle que la conduciría al alcoholismo y la arruinaría socialmente. Se casó con Ali Khan, los estudios cinematográficos no quisieron tolerar una nueva fuente de escándalos, y cuando este nuevo matrimonio fracasó, su suerte estaba echada. La fama, la belleza de mujer sofisticada y frágil, y la poca confianza en sí misma que le restaba, la habían abandonado para siempre. Sólo pudo volver a encarnar un instante memorable cuando en la película *Pal Joey*, con Frank Sinatra, cantó de manera inconfundible *Bewitched, bother, and bewildered*. El destino le tenía preparada a Sinatra una jugarrera por haberse expuesto al encanto de la Hayworth: moriría en la misma fecha que ella, once años después.

En 1976, Rita Hayworth visitó Argentina pero ya la enfermedad se adueñaba de su ser. Fue uno de los primeros casos de Alzheimer y la ignorancia de este mal provocaba que se hablara torpemente de ella, se decía que estaba permanentemente alcoholizada, drogada o que había enloquecido sin remedio. La verdad era que la enfermedad iba devorando su capacidad de inteligencia

y ocasionaba que todo lo suyo se adormeciera lejos de la realidad. Rita Hayworth, la vieja Margarita Rosa Cansino murió a los sesenta y ocho años. Su vida había dependido en los últimos meses de la princesa Yasmin, la hija que tuvo con Ali Khan, y pagaba, con moneda contraria, el mal de camaleón que siempre la había asolado: no sabía ni sabría más quién era de verdad. Glenn Ford dijo al conocer su muerte:

Una querida amiga me ha dejado solo. Ver sus imágenes, sentir el halo que desprenden, hace más terrible pensar en su lento deterioro. Pocas como ella lograron hacer bri-

llar tanto la magia del cine. Y ninguna pudo brillar tan alto y con tanta alegría de vivir.

Rita Hayworth es parte de una leyenda que hoy cuesta llegar a entender, todo lo maravilloso de aquel momento donde ni siquiera ella misma puede reconocer la que fue ayer. Hoy podemos construir sólo una vaga fantasía de aquella mujer inmortal por la que una generación entera quedó marcada. El mejor epitafio que podría haber tenido estaría cifrado en las dos canciones con que hechizó a su público: *Put the blame on me, who are bewitched, bother, and bewildered.* **U**

